

dia anterior tenia noticia el ministro de la Guerra que se trataba de efectuar al siguiente una asonada; pero no viendo nada que revelase el intento, llegó á persuadirse de que eran temores infundados de gente asustadiza y meticulosa, y á las seis de la tarde del mismo dia 30, aseguraba lleno de confianza al presidente D. Guadalupe Victoria, que no eran ciertas las alarmantes nuevas que habian llegado al Gobierno. Cuando estaba asegurando que nada habia qué temer, se oyó un cañonazo, que era la señal convenida para empezar la revolucion. La sorpresa de Pedraza, de sus compañeros de ministerio y del presidente, fué indescriptible al oír el estampido del cañon que les anunciaba que la tempestad estaba encima, sin haber tomado providencias para conjurarla. El presidente Don Guadalupe Victoria dió orden á Pedraza para que inmediatamente dispusiese que las tropas del Gobierno se reuniesen en palacio, y que dictase al comandante general las disposiciones necesarias para batir á los pronunciados. Pero nada importante llegó á hacerse: la sorpresa causada por un acontecimiento inesperado, introdujo la confusion, y no se acertaba á tomar una resolucíon definitiva. El aturdimiento y la vacilacion en que se hallaron los miembros del Gobierno en aquellos instantes, están descritos por el mismo D. Manuel Gomez Pedraza en su manifiesto. «En aquel instante», dice, «era preciso obrar con la velocidad del rayo: tal vez si hubieran marchado doscientos hombres al punto de reunion de los sediciosos, la revolucion habria tomado otro sesgo; pero no se hizo así; la sorpresa preocupó los ánimos; de todas partes se pedian informes y no se tomaba ninguna providencia; el

palacio se llenó de toda clase de gente; el Gobierno, débil y sin prestigio, no era ya ni un simulacro de poder; así fué que despues de dos horas, no se habia dictado la mas leve disposicion: los sediciosos, entretanto, iban derechos á su fin, con tanta mayor facilidad, cuanto que no se les oponia el menor obstáculo». Con efecto: es de creerse que si se hubiese lanzado prontamente una fuerza respetable sobre los pronunciados en los primeros momentos, la revolucion hubiera sido vencida fácilmente.

1828. El cañonazo de señal para empezar el movimiento revolucionario, se disparó en la puerta del edificio que habia sido la Inquisicion y que es actualmente Escuela de Medicina, situado en la plaza de Santo Domingo y esquina de la calle de la Perpétua. Su proximidad al palacio del Gobierno, pues solo le separan de éste las dos calles de Santo Domingo, que son cortas, y el ancho espacio de la Plaza de Armas, en que está el mismo palacio, hizo que la alarma del Gobierno fuese grande, pues juzgaba encima al enemigo. El individuo que habia hecho disparar el cañonazo fué el capitan D. Lucas Balderas, que se habia puesto á las órdenes de los disidentes y que se hallaba mandando la brigada de la artillería local que tenia por cuartel el expresado edificio de la Inquisicion. Inmediatamente que los conjurados oyeron la señal, dió el grito revolucionario el coronel D. Santiago Garcia, comandante del batallon de Tres-Villas, que habia militado en las filas de los independientes del año de 1810, y que ocupaba el cuartel del vasto y sólido edificio llamado la Acordada en que estaba la cárcel y oficinas de aquel tribunal. La defeccion de Garcia fué para el Go-

bierno un golpe terrible, pues con ella se hicieron los disidentes de un número considerable de cañones y de abundantes municiones, y podían recibir víveres de fuera de la ciudad, por hallarse la Acordada cerca de la salida de la población. En unión del coronel D. Santiago García, se pronunció, en el mismo edificio, D. José Manuel Velazquez de la Cadena, coronel de un batallón de milicia nacional, á quien Iturbide habia dado título de marqués; pero éste se separó á poco de haber empezado el movimiento. García era uno de los jefes mas entusiastas por la revolucion empezada, pues habia intentado hacer una semejante en Oajaca. La Acordada, por su solidez, su capacidad y su excelente situacion, vino á ser el cuartel general de los pronunciados, y por esto se le dió á aquella sedicion el nombre de «revolucion de la Acordada». D. Lorenzo Zavala se presentó inmediatamente en las filas disidentes y aumentó el entusiasmo de todos con su palabra elocuente y arrebatadora. Poco despues llegó el general D. José María Lobato, quien por su graduacion fué considerado como primer jefe. Esto dió motivo á que se juzgase ofendido el coronel D. Santiago García, que habia sido el primero en dar el grito, facilitando todos los elementos de guerra; y D. Lorenzo Zavala, valiéndose de su elocuencia y de las consideraciones que los de su partido le tenian, logró que continuasen ambos en la mejor armonía, quedando García con el mando de las fuerzas situadas en la Acordada, y haciéndose cargo del importante punto de la ciudadela el general

1828. Lobato. El Gobierno á su vez se disponia para el combate. El comandante de las armas D. Vicente

Filisola situó las tropas que se mantuvieron fieles al Gobierno, en el palacio, en las torres de la catedral, en la azotea de la Diputacion y en las alturas de otros edificios que dominan la Plaza de Armas, situando convenientemente algunas piezas de artillería en las bocacalles que daban entrada á la expresada plaza.

Los pronunciados, despues de estar perfectamente preparados á la lucha, intimaron rendicion al Gobierno, bajo la base de cambiar el Ministerio y dar la ley de expulsion de españoles. El presidente D. Guadalupe Victoria hizo que se reunieran en junta los ministros antes de emprender las operaciones sobre los disidentes. En ella, oido el parecer de los jefes de mayor graduacion y de los mas altos funcionarios, se dispuso comisionar al general Rayon y á D. José María Tornel para que disuadiesen de su intento á los pronunciados, haciéndoles ver los males que sobrevendrian al país si se empezaba la lucha, prometiéndoles que se recomendaria al Congreso decretase la expulsion de españoles. Viendo los disidentes en esta proposicion, que el Gobierno no se consideraba fuerte para resistir, la desecharon, diciendo que no admitian otra condicion que la de concederles todo lo que habian pedido. La cuestion, pues, no podia resolverse sino por medio de las armas, y á ellas recurrieron ambos contendientes. A ponerse al frente de los sublevados se presentó el general Don Vicente Guerrero, que debiera haber evitado hacerlo en aquella ocasion, puesto que se trataba de una cuestion en que se intentaba hacer desaparecer de la escena política al que habia alcanzado la mayoría de votos de las legislaturas para presidente y hacer que recayese el nombramiento en él.

A las ocho de la mañana del 2 de Diciembre los pronunciados rompieron las hostilidades, dirigiéndose hácia varios puntos del centro de la ciudad, retirándose al fin á sus posiciones, llevando la peor parte de la jornada. Esta ligera ventaja alcanzada por las fuerzas del Gobierno, hizo concebir extrema confianza en el triunfo á D. Manuel Gomez Pedraza, hasta el grado de asegurar á las Cámaras, en aquella tarde, que los pronunciados serian vencidos dentro de muy breves horas. El dia 3, muy de mañana, los sublevados, formando una columna de ataque, avanzaron con decision sobre sus contrarios, llegando hasta la esquina de la calle del Puente de San Francisco, donde fueron recibidos con un nutrido fuego de fusilería por las tropas del Gobierno al mando del coronel Inclan. Despues de un combate reñido, los pronunciados fueron rechazados con pérdidas considerables, contándose entre ellas la del coronel D. Santiago García, que cayó muerto de un balazo. El Gobierno perdió en este encuentro sangriento varios oficiales, contándose entre los que murieron, el pundonoroso coronel D. Gaspar Lopez. Los pronunciados, para llamar la atencion de sus contrarios por varios puntos y poder aumentar su número con los partidarios que tenian en la ciudad, ocuparon, en el mismo dia 3, el colegio de

1828. Minería, San Andrés, el Convento de San Agustin y el de San Bernardo, poco distante de palacio. En el intermedio de una de esas reñidas acciones, el general D. Vicente Guerrero se retiró al pueblo de Tlahua, dejando á los suyos. La lucha continuó todo el dia en diversas calles, causando sensibles pérdidas en uno y otro ejército. El ministro D. Manuel Gomez Pedraza, que hasta

entonces habia con valor animado á sus soldados, sintió flaquear su ánimo, y sucediendo á la confianza que al principio tuvo de triunfar, el temor de ser vencido y hecho prisionero, tomó la determinacion, poco honrosa, de abandonar el teatro de la lucha, dejando comprometidos á sus partidarios, y á las ocho de la noche salió, disfrazado, de la ciudad, sin que nada supiesen sus compañeros de armas, que continuaban luchando, y huyó hasta Guadalajara. No bien brilló la luz primera del dia 4, cuando se divulgó rápidamente en palacio y entre las fuerzas del Gobierno la fuga del ministro de la Guerra. Esto difundió el desaliento en los que habian combatido contra los sublevados, y aumentó la confianza de éstos, no dudando ya de que el triunfo seria muy en breve suyo. Mientras la confusion y el temor reinaban en las filas del Gobierno, los pronunciados veian aumentarse el número de su gente con millares de hombres del populacho á quienes D. Lorenzo Zavala y el general D. José María Lobato habian ofrecido, para atraerle á su partido, el saqueo del Parian, donde estaban las tiendas de ropa de los comerciantes españoles.

1828. El presidente D. Guadalupe Victoria, para reanimar el valor de las tropas, que habia decaído con la desaparicion del ministro de la Guerra, que habia sido el jefe principal en aquella lucha, las arengó y dictó diversas disposiciones para continuar el combate. Los pronunciados, aprovechando las ventajas que les daba sobre sus contrarios el desaliento esparcido en éstos, avanzaron hácia la Plaza de Armas, donde el Gobierno habia situado una batería, cerca del palacio. Los sublevados se lanza-

ron sobre ella con decision, y la tomaron tras de un ligero combate. Viendo el presidente D. Guadalupe Victoria que el triunfo iba á decidirse en favor de los contrarios, trató de hacer cesar el derramamiento de sangre, celebrando un convenio que pusiera término á la lucha. Animado de este deseo, convino en tener una entrevista con el general de las fuerzas disidentes D. José María Lobato, pues el general Guerrero se habia retirado, como queda dicho, á Tlahua. En esta entrevista se convino en que el presidente pasaria á la Acordada para conferenciar con D. Lorenzo Zavala y arreglar una transaccion que evitase á la república nuevas desgracias y trastornos. Eran las dos de la tarde del dia 4 de Diciembre cuando D. Guadalupe Victoria se dirigió al sitio señalado por los jefes disidentes. En los momentos en que el presidente se dirigia á entrar en arreglos con los pronunciados, el comandante general de las armas, D. Vicente Filisola, desamparó la capital, dirigiéndose á Puebla con las tropas que le quedaban, dejando solo y sin defensa al primer jefe de la nacion. Con la retirada de Filisola los pronunciados se hicieron dueños del palacio y de todos los demás puntos que habia ocupado el Gobierno. Entonces se verificó una escena lamentable que la pluma se resiste á describir. Mientras en la Acordada se discutian entre el presidente D. Guadalupe Victoria y D. Lorenzo Zavala, acompañados de varios jefes de una y otra parte, los puntos de la capitulacion, mas de cinco mil individuos de la hez del pueblo, unidos á la tropa, se entregaban á los excesos mas reprensibles. Referido queda que D. Lorenzo Zavala y D. José María Lobato habian ofrecido al pueblo bajo, á

fin de atraerle á sus filas, el saqueo del Parian, donde tenian sus ricas tiendas de comercio los españoles. El Parian era un edificio sólido, cuadrilongo, como de doscientas varas de largo, por sesenta de ancho; se componia de dos cuerpos: en el inferior no habia otra cosa que tiendas de ropa, y en el superior almacenes pertenecientes á esas mismas tiendas, pues cada una de éstas se comunicaba con su correspondiente almacen por una escalera interior que partia del centro de la tienda al piso alto. La parte exterior de este vasto edificio, así por sus dos frentes como por sus dos costados, era una série no interrumpida de tiendas de ropa en que se encontraban las telas mas exquisitas y valiosas. Uno de los frentes formaba calle con el edificio llamado la Diputacion; el otro miraba al costado de la catedral que da al Empedradillo; uno de los costados formaba calle con el Portal de Mercaderes, pues tenia la misma extension que éste, y el otro miraba al pa-

1828. lacio. El espacio que mediaba entre éste y el Parian se hallaba enteramente libre, pues entonces no habia los jardines que ahora se ven en medio de la Plaza de Armas, que fueron hechos en tiempo del emperador Maximiliano, por el ilustrado y activo alcalde D. Ignacio Trigueros, á quien la ciudad de Méjico es deudora de muchas benéficas mejoras. En medio de cada uno de sus frentes, así como en el de sus costados, tenia el Parian una ancha y elevada puerta que daba entrada al interior, en que se encontraban diversas calles, perfectamente empedradas, con tiendas de uno y otro lado, con sus correspondientes almacenes en el piso superior, en la forma que dejo ya referida. En el Parian no vivia ninguna familia:

era un punto destinado exclusivamente al comercio de ropa, cuyas puertas cerraban á la oracion de la noche los empleados del Ayuntamiento, á quien pertenecia el edificio, no quedándose en él ningun comerciante, pues todos cerraban sus tiendas al oscurecer, y quedando vigilado por los guardas necesarios para su seguridad. El Parian era entonces uno de los puntos en que se reunia mas riqueza, pues aunque el comercio habia decaído mucho por causa de los trastornos políticos, aun contaba con capitalistas de importancia. Rara era la tienda del Parian que, además de las considerables sumas que tenia en ricas telas y paños, no contaba con un decente número de miles de duros en metálico, entalagados, colocados, no en cajas de fierro, sino debajo el mostrador, pues la buena fé, la confianza y el respeto habian sido hasta entonces las cualidades que habian resaltado entre los comerciantes españoles radicados en aquel país, lo mismo que entre los mejicanos.

La promesa del saqueo del Parian habia sido pues un poderoso aliciente para que el pueblo bajo se hubiera unido á los pronunciados desde el momento que empezó la lucha en la capital. Apoderados del palacio los disidentes y no teniendo fuerza contraria que se opusiera á sus intentos, se lanzaron sobre el Parian para apoderarse de la riqueza que en él habia. No quiero ser yo el que pinte ese triste acontecimiento de que no es culpable la sociedad mejicana, y del cual solo son responsables los que, llevados de sus pasiones bastardas, no solo lo promovieron, sino que dejaron que se llevara á cabo, con ruina, no de los pacíficos comerciantes españoles únicamente, si-

no de millares de familias mejicanas, pues no habia en el país un solo comerciante español ó propietario que no estuviese casado con mejicana. Para dar á conocer ese hecho que todas las clases honradas de la nacion reprobaron, me valdré de las descripciones hechas por varios escritores mejicanos que presenciaron los hechos, y que, justamente indignados contra ellos, los han censurado, constituyéndose así en eco de los rectos sentimientos del núcleo de 1828. la nacion mejicana. Esas descripciones honran á sus autores y al país, pues revelan la indignacion que produjo en ellos el acto reprobable del saqueo. Hé aquí como refiere este hecho el general D. José María Tornel en su apreciable *Reseña histórica*. «Mientras el general Victoria atravesaba á caballo las calles de San Francisco, numerosos grupos de insolente plebe forzaban las puertas del Parian sin defensa alguna desde que el general Filisola huyó con unos cuantos dragones con direccion á Puebla. Entonces comenzó el saqueo del edificio ó llamase Bazar, que por mas de un siglo fué el emporio del comercio de Nueva-España, y que, aun en su estado de decadencia, encerraba un valor en numerario y en efectos, que se hace subir á la suma de dos y medio millones de pesos.... El empeño de azuzar al pueblo contra los españoles-europeos, habia producido sus efectos, y como eran ellos los propietarios del mayor número de cajones (1) del Parian, fácil fué á los instigadores marcarlo como botin de la inmoral guerra de que era presa la infeliz ciudad.»

(1) En Méjico llaman cajones á las tiendas de ropa.

«Apenas habia regresado el presidente á palacio, Zavala, en cumplimiento de su oferta, mandó una pieza y alguna tropa para contener los vergonzosos excesos del Parian; pero nada se consiguió, si es que algo se procuró, pues que en el resto del aciago dia y en toda la noche, se robó sin intermision alguna y se cometieron crímenes de mucho tamaño, incluyéndose entre ellos asesinatos á sangre fria; y para disputar valiosos artículos, que pasaban de las manos de unos ladrones á las de otros. La devastacion del Parian se asemejaba á la que causa un voraz incendio; todas las puertas fueron desquiciadas y rotas: algunos techos ardieron, y no quedó ileso ni un mostrador ni una sola tienda. Quien conozca la buena índole de la plebe mejicana, se cubrirá el rostro de asombro al observar que se precipitó, para mengua de la nacion, á sus acostumbrados desmanes, y que sobrepasó en furor á cuanto se dice que ha pasado en otros pueblos en lances semejantes. Leccion es esta muy terrible para las facciones que todo lo posponen al logro de momentáneas miras, y que tarde ó temprano se arrepienten de su obra de perdicion. Los yorkinos se lisonjeaban de un triunfo que era su derrota, de haberse sobrepuesto á sus enemigos en una guerra cuyo término sirvió eficazmente para disipar las ilusiones. Los hombres honrados de aquel partido lamentaron y condenaron sus aberraciones; pero porque previeron la falsa posicion en que se iba á colocar el general Guerrero, merecedor de distinta suerte.»

1828. El historiador D. Lucas Alaman, dice que «los revolucionarios se apoderaron del palacio y se siguió el saqueo de los almacenes del mismo palacio, del Parian

y portales inmediatos, repitiéndose todos los excesos que en la insurreccion se veian cuando entraban los insurgentes en una poblacion.» El escritor D. Juan Suarez Navarro, pintando el mismo triste suceso dice: «Mas de cinco mil *léperos* y parte de la tropa, se habian entregado al robo en el edificio del Parian, que era el emporio del comercio. Los mejores capitales estaban allí depositados, y la fortuna de millares de familias iba á desaparecer por un saqueo de la multitud desenfrenada. Los jefes de la ciudadela mandaron al lugar del desórden alguna tropa para contenerlo: nada hicieron, porque mayor era el número de los interesados en consumir el crimen. Almacenes y tiendas fueron abiertas sin excepcion de una: todo género de mercancías desapareció instantáneamente, y el populacho, arrastrado por sus instintos de ferocidad, se disputó no solo los intereses y las mercancías, sino lo actos mas inhumanos y salvajes.»

Estas fueron las consecuencias de los papeles que hacia tiempo se venian publicando excitando las pasiones del populacho contra los españoles, y de las promesas de saqueo hechas por D. José María Lobato y D. Lorenzo Zavala al pueblo bajo al pronunciarse, á fin de aumentar el número de partidarios. El último de estos individuos, asombrado de los desmanes cometidos por la desenfrenada multitud, dice en su *Ensayo histórico de las revoluciones de Méjico*: «Yo me consterné á la vista de las terribles escenas que produce la guerra civil, y deseaba sinceramente mejor haber sido víctima de la tiranía, si sus efectos se hubieran limitado únicamente á mi persona, que ser testigo y parte en semejantes catástrofes.» Hubiera sido

mejor que antes de hacer la fatal promesa, y para evitar ser *testigo y parte*, como asienta, en aquellas escenas, se hubiera despojado de sus pasiones de partido, que nunca pueden producir en el hombre más que desgracias de incalculable trascendencia. Pero no solo excitó con sus promesas el sentimiento del populacho al saqueo, sino que se manifestó poco humano con algunos individuos con quienes hubiera ganado mucho para el público, en usar de generosidad con ellos. D. José María Tornel, hablando en su *Reseña histórica* de los excesos que acompañaron al saqueo del Parian, añade: «Cuando los pronunciados se dirigieron á palacio, el teniente coronel D. Vicente Gonzalez, aprovechándose de la confusion, salió de la ciudad; mas habiendo sido prontamente reconocido, se le aprehendió y llevó á la terrible presencia de Zavala. Este se excusa con los gritos de muerte que partian de boca de todos sus oficiales, para decretarla. Gonzalez fué conducido al costado del Poniente de la Acordada, y allí fué fusilado. Esta mancha indeleble de sangre se notaba aun en el paño mortuorio que cubrió en Tejas el cadáver y la traicion de D. Lorenzo Zavala.» Igual orden dió con respecto al coronel D. Cristóbal Gil de Castro, no obstante haber entregado el punto de San Francisco bajo palabra de tener salvadas las vidas; y en aquella misma noche fué, acompañado de algunos amigos de no muy nobles sentimientos, á la casa del digno magistrado, dechado de probidad, Don Juan Raz y Guzman que habia comenzado á instruir la sumaria contra él, «quien pudo salvar su persona,» dice D. Lucas Alaman, «apartando con la mano un tiro de pistola que Zavala le dirigió, hiriéndole la mano.» El co-

1828. El coronel D. Cristóbal Gil de Castro logró el salvarse de ser fusilado, á una casualidad. Le habian puesto en capilla en una pieza del descanso de la escalera de la Acordada, y consiguió escaparse aprovechando el momento de alboroto que se verificó cuando el presidente Don Guadalupe Victoria fué á conferenciar con los jefes pronunciados. Buscó tambien, segun asienta D. José María Tornel, en su mencionada *Reseña histórica*, al Sr. Senador Vargas, quien, por la casualidad de hallarse ausente, se libró de otra venganza semejante á la que usó con el magistrado Guzman. «Pareció,» añade el expresado escritor, «que Zavala, desvanecido por la embriaguez del triunfo, y dolorido por el comportamiento inicuo que sufrió, olvidó para detrimento de su fama, que la clemencia sirve para ennoblecer mas á la víctima.»

Don José Ignacio Esteva que habia vuelto á hacerse cargo del ministerio de hacienda, buscó la manera de no caer en manos de los pronunciados, y el doctor Aredechederreta, que era entonces vicario general de monjas, le ocultó en un convento de éstas. D. Miguel Ramos Arizpe que se habia separado del ministerio de justicia y que se hallaba no menos detestado de los escoceses que de los yorkinos, huyó hácia las provincias internas; y habiendo acaecido al pasar por Querétaro la revolucion en esta ciudad, tuvo que buscar un asilo en el casi desierto colegio apostólico de la Cruz, á cuyos misioneros españoles habia hecho salir del país con extremado rigor.

Dueños de la ciudad los disidentes, siguieron por tres dias las conferencias entre el presidente de la república D. Guadalupe Victoria y los autores del movimiento, sin